KAREN RUSSELL

La Antídoto

TRADUCCIÓN DE **RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ**



narrativasextopiso

La antídoto

Karen Russell

Traducción de Rubén Martín Giráldez



sextopiso

Pero te recuerdo antes de que te convirtieras
en una historia. A veces me noto una espina en el pie
cuando no hay espina. Me dicen,
no sin amabilidad, que aquí es mejor que no imagine nada.
Pero yo creo que sigues vivo.

Marie Howe, *Gretel, desde un claro repentino*

PRÓLOGO
DEPÓSITO 69818060-1-77
EL PRIMER RECUERDO DE HARP OLETSKY

No es un sitio al que vendrías por tu cuenta, y sin embargo aquí estás. Tu padre te coge por los hombros y te lleva hasta el corazón del corral. Cientos de conejos te miran a través de la alambrada arracimándose contra los postes de la cerca. Es como mirarse al espejo. Ellos tampoco quieren estar en esta historia. Los hombres llevan desde el amanecer arreando a las liebres hacia este corral. El pueblo se ha reunido para resolver el problema de los conejos, que devoran los pastizales y los cultivos, que se comen el trigo dorado que tu padre convierte en dinero. Peor que las langostas, dice papá. Por cada piel de conejo te dan una recompensa de un céntimo. Montones de cuerpos sudorosos y rabanudos y un ambiente festivo en el aire, como de moneda frotada entre dos dedos, como sangre electrocutada en un enchufe. Un olor que te recuerda a la habitación donde nacen los bebés. Cuando intentas dar media vuelta y largarte, tu padre te agarra. Ahí están el señor O'Malley, el señor Waldowko, el señor Zalewski, la señora Haage… No recuerdas más nombres. Cien brazos articulados se menean hacia el corral atestado de liebres, el lugar sin escapatoria. Ahora, nada más que locura. Terror de garrotes, terror de mangos de hacha y martillos, terror de ser pisoteado.

—¡Papá! ¡Ayuda! ¡Para!

Los conejos corretean sobre tus pies.

—Cálmate, Harp.

Tu padre está enfadado. Derrama tu nombre sobre tu cabeza como agua hirviendo. Los conejos están enfadados. Los

conejos están llorando y muriendo, los garrotes caen, caen y caen.

—Si no vas a ayudar, quita de en medio, chaval.

Hoy cumples seis años. Tu familia celebrará una fiesta después de la cena. El pastel se estaba enfriando cuando saliste hacia el pueblo. Te entran náuseas al pensarlo. De los conejos saltan cerezas en churretes. Las pieles grises se rajan y se espachurran bajo suelas de botas y garrotes. Tu padre te enseña dónde apuntar: los cráneos y los lomos de las liebres pegando chillidos. Es la forma más rápida de callar sus gritos. «Hay otra manera», exclama una voz dentro de ti. Aplástalo. Ves que papá coge la directa y se lía a matar junto al resto de hombres.

Cruzas miradas con tu hermanita a través del abanico de sus dedos limpios. Lada está sentada en el regazo de tu madre. Tres niñas a las que conoces miran desde el otro lado de la cerca. A las chicas se les permite chillar y taparse la cara. Ojalá fueras una chica. Los garrotes y los tablones caen, caen y caen. Se te hincha y se te aplana el estómago. Chillas con los conejos. Tu deseo de cumpleaños es llegar al final de este ruido. Llega el silencio por fin. Los brazos de los hombres descansan a los costados como herramientas en un cobertizo. Las mujeres cuelgan las liebres muertas por las largas orejas a secar. Las patas que aún se retorcían se han quedado quietas. Dentro de ti, el griterío continúa. Sigue y sigue y sigue. Tu padre te encuentra donde has escondido tus ojos tras tus manos, las lágrimas dentro de las palmas.

—No podemos dejar que las liebres se apoderen de toda la pradera. A nadie le gusta esto, hijo.

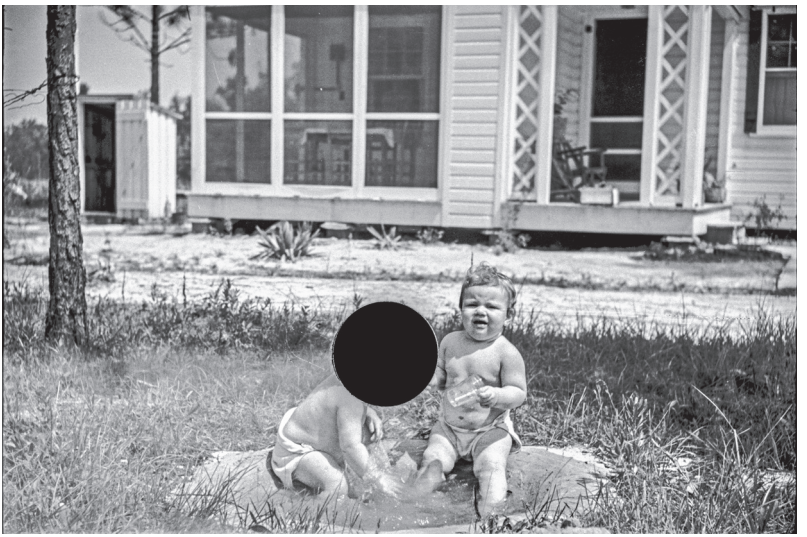
Eso es mentira. A muchos les gustaba. Cerraste los ojos junto con los conejos muertos, porque no querías ver las caras que aún sonríen.

—Mira —dice papá—. Ahí queda uno vivo. No puedes ser un blando, Harp.

Tu padre te pone el garrote en las manos. Y, después de eso, ya siempre tienes miedo.



SECCIÓN I
DESPLOME



LA BRUJA DE LA PRADERA

Una persona puede perderlo todo en un instante. Una fortuna, una familia, el sol. Esta lección he tenido que aprenderla dos veces en mi vida. La primera vez que sucedió tenía yo quince años y era una fugitiva del Hogar para Madres Solteras. La segunda vez era una bruja de la pradera encadenada a mi catre en un calabozo de bloques de hormigón. «Tu segundo hogar», le gustaba decir al sheriff. En su Oeste no existo de manera oficial; sin embargo, venir a visitarme es delito.

El Domingo Negro, antes de que nadie supiera llamarlo Domingo Negro, me desperté en la cárcel por culpa de un ruido como de un tren de mercancías abriéndome un túnel por dentro. Un aullido ensordecedor que pareció sacudir las paredes de piedra. Me temblaba el cuerpo en la cama como una cáscara. Clavé los dedos en el colchón. Durante esos primeros momentos a oscuras, lo único que sentía era miedo a flotar. ¿Qué me había pasado mientras dormía? Sentía como si una cuchilla me hubiera raspado el tuétano de los huesos. Algo vital se había licuado y drenado en mi interior y ahora, en su lugar, aquella nueva ingravidez. Me notaba ligera y rara, una blancura envolvente que me subía por la columna vertebral y se me salía por la boca. *Quiebra* fue la palabra que me vino a la mente. Al principio no reconocí como mía la voz que gritaba pidiendo ayuda. Reprimí el sonido aterrada; no podía permitirme perder más lastre. Me empezaron a hormiguear los miembros entumecidos, unos alfileres y agujas invisibles los cosían de nuevo a mi cerebro. No fue un reencuentro feliz. Diez dedos de los pies blancos brotaron como hongos en el borde de una manta verde y mugrienta,

saludándome desde el límite más lejano al que me llegaba la vista. Una lámpara de queroseno en el pasillo emitía un débil resplandor esmeralda, más allá del cual la celda se sumía en sombras. Ni siquiera el dolor era mío. Iba y venía como el viento. Luego me perforó la piel y se tragó el mundo.

O tal vez la tormenta de nieve negra ya había comenzado cuando desperté. Un calor sofocante llenaba el calabozo, junto con colas de polvo que lo azotaban todo. Se me ocurrió que podía acabar enterrada aquí sin recordar quién era. Los minutos y las horas perdieron todo significado; me acurruqué en el catre y me preparé para ser desgarrada por un ciclón. Al final los vientos empezaron a perder fuelle. La luz abrió una brecha a través del cielo turbulento; observé una línea pálida que se iluminaba y ensanchaba por la ventanita de la celda. Un disco verdoso flotaba sobre la pared de nubes, y me costó una eternidad reconocer el sol. Después de todo, no era medianoche sino bien entrado el mediodía.

Comencé a recordar más sobre la tierra más allá de mi celda, la pradera sin límites. Me volvió a la cabeza el nombre del pueblo donde trabajaba: Uz, Nebraska, al sudeste de las Sandhills y al oeste del río Platte. Llevábamos cuatro años en la peor sequía que cualquier recién llegado a las Grandes Llanuras hubiera experimentado. Otros seres llevaban diarios más antiguos. Los álamos descortezados contaban una historia milenaria escrita en círculos ondulados que ningún político se había molestado en leer. Los congresistas se forman para pensar en ciclos electorales, no en ciclos planetarios. Ven picos y valles en los mercados y se olvidan de leer en los círculos. Uz llevaba meses sufriendo apagones. Plagas de fauces y mandíbulas. Sobre las cabinas de los tractores repiqueteaban saltamontes caídos de nubes siseantes. Miles de liebres recorrían las llanuras masticando todo el verde. Escarabajos índigo alados entraban zumbando desde Dios sabía dónde, con esos caparazones en forma de reloj de arena que nadie en las Altas Llanuras había visto antes de 1931. Arena roja de Oklahoma, tierra negra de Kansas y tierra gris paloma de las llanuras

orientales de Colorado formaban sobre Uz un techo rodante de polvo que destellaba bajo los relámpagos lejanos.

El sheriff y su familia vivían en una casa de ladrillo de dos plantas frente a la cárcel, con piezas y planos comprados por catálogo en Sears Roebuck. Estaba situada en el lado libre de la finca, quinientos metros más allá de los barrotes de mi ventana de sesenta por sesenta centímetros. A medida que el polvo entraba en mi celda, las cosas de fuera se iban volviendo cada vez más irreales. La casa del sheriff quedó reducida a un boceto al carboncillo. Se borró, se redibujó y finalmente se perdió de vista. El cielo se estaba viniendo abajo de verdad.

Al final me obligué a gritar pidiendo ayuda. Me aterraba soltar tanto aliento de golpe, la liviandad se me subió en tromba a la cabeza. Nadie respondió. ¿Cuánto tiempo llevaba atrapada allí? Era una celda de dos metros y medio por dos, y tenía por todo mobiliario la cama y un cubo de hojalata medio lleno con la orina del recluso anterior. O quizá era la mía. Parecía ser la única prisionera que quedaba en la cárcel. Pero me equivocaba. Algo sin peso me saltó al pecho, se encaramó rápidamente al borde de la ventanita de la celda: un enorme gato erizado con un pelaje azanahoriado absurdamente brillante. Adelantó las orejas con las garras sacadas en el alféizar. Sus ojos dorados me observaron con serenidad. No oí que nada ni nadie llamase al animal, pero de pronto el gato se coló entre los barrotes y se metió ágilmente de un salto en el torbellino.

En medio del brinco la reconocí: la gata del sheriff, una criatura atigrada y flatulenta que a menudo dormía sobre mi pecho durante mis estancias en el calabozo. El sheriff, bien por estupidez o bien por pereza, no la llamaba por nombre alguno, ni siquiera Gata. Un recuerdo bramó dentro de mí: el sheriff había ahogado una camada de sus gatitos en una jofaina a poca distancia de mi celda. Cinco voces infantiles me inundaron arañando las blandas paredes que hay dentro de las paredes. Volví a oír el chapoteo al hundirse la bolsa. El agua desplazada empezó a formar regueros por el pasillo mientras su silencio se iba volviendo más hondo hasta hacerse permanente. El

sheriff había metido a la madre en un armarito cerca, las dos encerradas como testigos impotentes. Sus chillidos furiosos se mezclaron con los de sus crías disolviéndose. Las últimas voces en el mundo no habrían sonado más desoladas.

Un hombre estúpido puede ser sabio en torturas. El sheriff se había agachado frente a la celda 8 sonriendo a través de los barrotes mientras vertía leche fresca en un cuenco para la madre de los gatitos muertos.

—Menudo alboroto, ¿eh? Este desagradable asunto se te olvidará en un abrir y cerrar de ojos. Una bruja poderosa como tú…

Me volvió a la mente mi oficio antes que mi nombre. «Sí, soy la Antídoto —entendí, y recordé—. Soy una bruja de la pradera». Se abrió una puerta a mi vida. Entonces fui capaz de imaginar mi cuarto alquilado en la pensión. Mi cartel orientado a la calle en la ventana del tercer piso, escrito a mano por el calígrafo en tipografía Kinkaid dorada: ¡LA ANTÍDOTO DE UZ! SE ACEPTAN DEPÓSITOS. Anunciaba mis servicios bancarios como una panacea para todos los males, desde la acidez estomacal hasta las pesadillas. Algunos de mis clientes, recordé, me habían compuesto una cancioncilla a partir del cartel:

> *¡La Antídoto para el desamor! ¡La Antídoto para el pesar! ¡La Antídoto para los gases! ¡La Antídoto para la culpa! ¡La Antídoto para las noches de insomnio! ¡La Antídoto para las palmas sudorosas! ¡La Antídoto para el fantaseo! ¡La Antídoto para la vergüenza!*

Casi todo el mundo en las Grandes Llanuras sabía de nosotras, incluso aquellos que negaban nuestra existencia. Las Cámaras Acorazadas, nos llamaban algunos. Las brujas de la pradera. Entonces recordé lo que hacía para ganarme el pan, lo que llevaba haciendo desde que era mucho más joven. Absorber y almacenar los recuerdos de mis clientes. Guardar secretos en depósito para los lugareños de Uz. Pecados y crímenes, primeras y últimas veces, noches de horror inefable y mañanas azul rocío, o lo que fuese que hubieran transferido mis clientes de

sus cuerpos al mío. Eso eran solo mis conjeturas. Durante mis transferencias, yo desaparecía en un vacío espacioso. El cuerpo de una bruja de la pradera es una habitación en alquiler. Una cámara acorazada para guardar las cosas que la gente no soporta saber o no es capaz de olvidar.

La mitad del pueblo de Uz me hacía depósitos, e incluso aquellos que me denunciaban por fraude y por chantajista sabían que estaba disponible en la habitación 11. La gente venía y me pagaba para guardar una parte de sus vidas. Un recuerdo demasiado pesado para cargar con él hasta el futuro, o demasiado precioso para el recuerdo diario. Mientras susurraban sus historias en mi trompetilla verde, los recuerdos salían de sus cuerpos y entraban en el mío por el oído. Era un intercambio indoloro. Nada de lo que mis clientes me contaban me había perturbado nunca, porque no estaba despierta para oírlos. Hecha una crisálida en trance azul, podía dilatarme para absorber cualquier cosa. No recobraba el sentido hasta completada la transferencia.

—Sé tan poco de lo que contengo —tranquilizaba a mis clientes— como sabe una caja fuerte de las joyas que guarda, como sabe un tarro de vinagre de las raíces que flotan en su interior.

«Tan poco como sabe una buhardilla de sus fantasmas». Sus muertos estaban vivos dentro de mí, esperando pacientemente a ser rememorados. El peso de estos depósitos me reabastecía. Después de una transferencia, a menudo notaba un dolor pesado en la caja torácica o en la pelvis; a veces, una luminosidad mareante como de peces de colores nadando por dentro del pecho; así sabía que el intercambio había resultado. Mis nuevos clientes sonreían avergonzados y decían:

—Me pregunto qué le acabo de contar, señora. ¡Se ha esfumado por completo de mi cabeza!

Ahora entendía por qué notaba el cuerpo tan aterradoramente liviano, por qué seguía rondándome la palabra *quiebra.* Me había sucedido algo que no había sabido temer.

No sé cómo, me habían sacado quince años de depósitos mientras dormía. Extraídos de mi carne como vapor de una

hoja. ¿Dónde habían ido a parar? ¿De mi cuerpo al torbellino? ¿Seguían intactos en algún sitio? ¿O se habían dispersado con el polvo? Con cada respiro espaciado fui descubriendo más sobre la forma y la escala de lo que había perdido. Me giré de lado y me remangué el camisón, un saco reciclado de los Huertos de Grover, demasiado corto para una mujer de mi estatura, con un estampado de melocotones arenosos que parecían marchitarse y madurar a cada respiración. Me palpé el estómago con los puños, como si los miles de secretos que había albergado pudieran haberse traspapelado, simplemente.

Para que quede claro: no había olvidado esos secretos, porque para empezar nunca los había conocido. Quizá eso no es del todo cierto. Los conocía como te conocía a ti, Hijo mío, antes de que nacieras. Acurrucados en mi cuerpo, como una presión y un peso. Los recuerdos son cosas vivas. Cuando das cabida a tantos como yo di cabida, te empiezan a crujir los huesos. Ahora me daba la sensación de que corría el peligro de evaporarme.

Resultó que no estaba sola. Los agricultores de toda la Llanura estaban perdiendo sus cosechas enteras en ese mismo momento. Las familias se escondían en sus sótanos mientras las nubes se hinchaban de tierra negra. El cielo se convirtió en un vientre que rugía. Los ciudadanos de Uz atrapados en sus campos cuando la oscuridad eclipsó el sol creyeron que se habían quedado ciegos.

Muchos de estos mismos agricultores y ganaderos —sin saberlo— también acaban de perder enormes tramos del pasado. Los días y las noches que les tenía guardados en reserva mientras se dedicaban a vivir. Los clientes que habían depositado fielmente en mi banco desde mi llegada a Uz pronto se enterarían de mi bancarrota…, ¿cómo evitarlo? Vendrían a retirar fondos y yo no tendría nada que devolverles. Solo había retenido un puñado de datos sobre mi vida solitaria.

Siempre he llevado registros escrupulosos. Podría decirte quién me vino a ver el 12 de julio de 1927 y la duración de la visita. Podría decirte con detalle cuánto dinero gané en

el condado de Uz entre 1920 y 1935. Pero ¿qué importa que cobrara dos dólares a este cliente y doscientos a aquel otro? Ninguno de los números que había anotado en mi libro de contabilidad tenía nada real que decir sobre la magnitud de lo que acababa de perder. Eran espasmos en mi estómago y el dolor desgarrador de la aflicción.

El Domingo Negro, antes de que los periodistas lo bautizaran y lo lanzaran a la historia, pulverizó la región que ahora conocemos como el Great Dust Bowl.* Como tantos de mis vecinos, me desperté en medio de la ruina. En el centro de la tormenta, creí que lo peor ya había pasado. Pero me equivocaba. El polvo me iba a dar otra lección: mientras sigas respirando, hay algo que perder.

Hogar. Hogar. Tiré de la palabra hasta que surgió un mundo. Atada al catre, con las narinas inflamadas de tierra, sonreí en la oscuridad. Creí que lo había perdido todo, pero se ve que al final no. Te recuerdo. Entonces creció dentro de mí la esperanza. Imparable, como creciste Tú en su momento. Imaginé hojas verdes que se me enroscaban por la caja torácica, anclándome a mis recuerdos de Ti. Tu cuerpo resbaladizo de tres kilos y tu potente llanto. Cada patada y cada giro lo ensayé en mi mente. Incluso al dolor de perderte le di la bienvenida. Era el peso que necesitaba para incorporarme y plantar los pies en el suelo de la celda. Mientras haya una posibilidad de reencontrarnos, Hijo, te prometo que seguiré viviendo.

La noche que naciste, una de las enfermeras del Hogar para Madres Solteras de Milford arriesgó su puesto para dejar que te cogiese en brazos.

«Túmbate —me dijo—, y deja que tu bebé mame. Él sabe qué hacer, cariño. ¿Ves? Ha nacido para esto».

Nunca había conocido a una criatura tan hambrienta, tan ansiosa por vivir. No me había imaginado que mi cuerpo pudiera satisfacer tan completamente las necesidades de otro ser. Lloraste, y me di cuenta con asombro de que era a mí a

* El Gran Cuenco de Polvo. [Todas las notas son del traductor]

quien llamabas. Yo era la respuesta a tu pregunta. El antídoto a tu angustia, tu miedo, tu hambre devoradora, tu sed de vida. Te miré a los ojos feroces y oscuros, que nacieron abiertos. Fuimos saliendo y entrando de la vigilia juntos, en un sueño de leche, calor y amor. Luego vino el bloque de horas que me robaron (ahora creo que me drogaron).

«Lo sentimos, pero has perdido el bebé», me dijo una enfermera nueva cuando desperté.

La sensación de la leche subiendo por dentro de mis pechos para inundar tu boca era apenas un recuerdo cuando un médico al que nunca había visto me entregó tu certificado de defunción. Aquellos monstruos con sus sonrisas tristes me mintieron. Yo sabía que estabas vivo.

¿Lo sigues estando?

ASPHODEL OLETSKY

Mira: si acompasas tu respiración con lo que sea que tengas respirando detrás de ti, apenas lo oyes.

La mañana del 14 de abril, yo era la única chica en la cancha de la pradera. Me gustaba jugar dos contra dos con Valeria, Pazi y Nell siempre que podían escaparse, pero aquella tarde estaba sola. Me había negado a ir a misa con mi tío esa mañana, nuestra rutina dominical. Cuando llegué a Uz, estuve yendo a la iglesia polaca con él tres meses seguidos. Muchos feligreses bigotudos se sintieron obligados a decirme que si mi madre no se hubiera fugado con aquel desviado, aquel estafador (mi padre, un hombre desconocido para mí), a ella nunca la habrían asesinado.

—Lada era una timidísima florecilla. Qué chica tan maja, antes de largarse con ese jornalero —dijo una abuela polaca que olía a bórax y a mosto de uva—. Si se hubiera quedado en Uz estaría viva.

—Bueno, *buscia** —la interrumpió mi tío—. Es verdad, pero si se hubiera quedado con nosotros no existiría su hija. Es al asesino a quien debemos culpar por su crimen, ¿no? No a mi hermana.

Por un instante, sentí un amor puro por mi tío; luego me ardió la cara de vergüenza. ¿Qué hacía yo allí respirando? ¿Gastando el aire que había sido reservado para ella? Durante las siguientes semanas recé intensamente por el alma de mi madre, hincándome de rodillas en los ondulados escalones amarillos que alguien había hecho con tocones de un bosque. ¿Quién me

* 'Abuela', en polaco.

iba a decir que se te podían clavar astillas de rezar? Tuve que dejarlo. Ir a misa en Santa Agnieszka es como asistir a una cefalea con cincuenta desconocidos. ¡Las campanas! ¡El humo bendito! Como una resaca pero sin la fiesta. Demasiados ojos mirándome con lástima y condescendencia. La única mirada que me gustaba cruzarme era la de Veronica en la sexta estación del viacrucis, cuyos ojos de ónice eran fríos, sin pupilas y capaces. Veronica hizo gala de gran compañerismo con Jesús al limpiarle la sangre y la porquería de la cara. Una vez hube entrado en el equipo universitario, descubrí mi propia manera de adorar: bajo el cielo ardiente y por medio del baloncesto. Prefiero saltar que arrodillarme. Rezo a un dios al que le encanta ganar.

—A ver si el domingo que viene sí —había murmurado mi tío Harp cogiéndome una mano a través de la ventanilla del conductor antes de soltar el embrague.

Me gritó a modo de recordatorio que mi alma estaba en peligro, luego dio marcha atrás por el camino de arena hacia la carretera; el suelo reseco bajo los neumáticos tosía polvo amarillo. Esto era exactamente lo que su dios había hecho, si te paras a pensarlo: desaparecer en esa lejanía que mi tío llamaba cielo dejándonos al resto de pobres palurdos contando batallitas. El tío Harp rezaba cada mañana para que lloviese y luego se ponía a sacar tierra del porche con su escoba de trigo. Al comienzo de nuestra última temporada de baloncesto, la madre de Dagmara le dio a cada jugadora una mascarilla para el polvo de la Cruz Roja teñida con los colores del equipo.

Cuando llegué a Uz, la tos me despertaba cada noche. Me sentaba en la cama con la cara entre las manos y pensaba un buen rato que mi madre seguía viva. Que vivíamos en la casa amarilla en Hubbell. Luego me acordaba: la habían asesinado y me habían enviado a vivir con su hermano canoso. Cada mañana que despierto aquí, entro y salgo de ese mismo túnel de hechos. Despierto con vistas al terreno en barbecho, enredada en las sábanas de algodón azul de mi madre muerta en la cama de mi madre muerta, una pesadilla que se ha prolongado durante casi dos años sin interrupción.

Los agentes de nuestro pueblo nunca encontraron al asesino de mi madre, pero se las arreglaron para localizar a su hermano vivo. Me mandaron a Uz el 4 de agosto de 1933, en medio del verano más caluroso del que se tiene constancia. La tarde que llegó mi tren estábamos a cuarenta grados centígrados. Mi tío parecía intuir que aquel récord de calor no era una coincidencia; no es que me culpase, exactamente, solo que me veía como un poco de mala suerte añadida.

Mis esperanzas no habían adoptado ninguna forma cuando puse el pie en el andén de la estación de Uz buscando a aquel tío que nunca había llegado a conocer. Cuando nos vimos, la niebla de la esperanza se cinchó en una decepción que tenía exactamente la estatura y la forma de Harp Oletsky. Aquel hombre que parecía una mazorca de maíz roída por las ratas me cogió la mochila y me apartó el pelo de la cara como si estuviera abriendo las cortinas (un gesto que hizo que me entrasen ganas de pegarle un mordisco).

—Vaya, ¡no os parecéis en nada! —me dijo—. Tu madre era una niña muy bonita.

Lo primero que compartimos fue decepción. Me di cuenta de que Harp Oletsky no tenía ni idea de quién era mi madre. Cuando decía «Lada Oletsky», él se imaginaba a un bebé. La madre más joven de la que guardo recuerdo tiene veintisiete años, con su pintalabios color rubí por la noche y sus pecas del sol. Harp Oletsky ignoraba las mejores cualidades de mi madre, y sus otras cualidades: su escasísima capacidad para juzgar a los hombres; su gusto por la polka y por cualquier tipo de fiesta; sus desvelos por mantener empleos y dinero; su don para revivir pájaros enfermos y plantas marchitas; aquella risa suya que caía como lluvia dentro de casa, lavando la tristeza pegajosa de las paredes; su costumbre de sacar la lengua mientras leía o cosía. Desde el principio comprendí que iba a estar sola con ella. La única portadora de su féretro. Hasta muerta necesita de mis cuidados. Esperaba que Harp Oletsky me ayudase a recordarla. Se me estaba escapando su verdadera voz, cada vez sonaba más a mala ventriloquía. Pero aquel

desconocido solo era capaz de contar anécdotas bobas sobre una niña en pañales.

«Las esperanzas se plantan y te enseñan lo tonta que eres». Esto solía decirlo mamá después de que un empleo nuevo o un nuevo hombre la decepcionaran. Mirando el rostro arrugado de mi tío, me avergoncé de mis esperanzas. Mi tío no había ido a buscar a su hermana ni una sola vez, aunque dijese haber quedado devastado cuando se escapó.

—Bueno, no se fue tan lejos —le señalé yo. El pueblo donde vivíamos, en la frontera de Kansas, estaba a tres horas de Uz en tren.

—Lada no quería que la encontráramos —dijo él cortante—. Te puedo enseñar sus cartas.

El primer día en Uz, mi tío me enseñó la casa Oletsky. Me llevó hasta un retrato familiar desvaído colgado en el salón.

—Esta era Lada.

Señaló a una niña borrosa con expresión tímida sosteniendo una regadera de hojalata. Congelada ahí para siempre, imposible liberarse, entre mis abuelos color crema y sus dos hermanos sin sonrisas.

—Vosotros los polacos siempre parecéis desconcertados o estreñidos —le dije a mi tío.

—Tú eres polaca, Dell.

Me siguió por todas las habitaciones comentando poca cosa. Notaba sus ojos taladrándome como dos pájaros carpinteros. Me llevó a la planta de arriba, abrió la puerta al dormitorio de infancia de mamá (mi habitación ahora).

—Bueno, Dell —dijo al fin—. Veo que esto no es lo que te imaginabas. Dime qué falta. ¿Qué necesitarías para que este sitio te pareciera un hogar?

—Ni muerta y enterrada estaría aquí más que de paso —le contesté.

El Domingo Negro, antes de saber que era Domingo Negro, cogí mi pelota y me fui para el horno. Llevaba tres semanas a treinta y dos grados todos los días. La camioneta de mi tío se fue convirtiendo en un bulto en el horizonte, dos haces

de luz hacían destellar los minerales brillantes en el polvo. Ya no era raro ver coches circulando con los faros encendidos al mediodía.

Me habría gustado que me acercase al pueblo, pero no tanto como para pedirlo. Me pateé seis kilómetros hasta las colinas que en su día fueron pastos. El arroyo se había secado el verano pasado. Faltaba una capa de treinta centímetros de tierra. Cada vez que se levantaba viento, se iba volando más y más suelo. Los banqueros estaban que se subían por las paredes de ver volar su dinero, pero mi tío decía que el oro no era nada comparado con lo que las Grandes Llanuras habían perdido durante esta sequía: el suelo.

—Todo sucede en quince centímetros de tierra fértil, Dell. Toda la comida que hayas comido en tu vida depende de esos quince centímetros.

Lo que queda después de que el suelo desaparezca es costra pétrea. Tierra cenicienta tan seca que puedes botar una pelota de baloncesto en ella.

Yo solo vivía para jugar al baloncesto. Me hacía levantarme de la cama y me daba un motivo para seguir respirando. Allí sola el Domingo Negro, imaginé que el entrenador me estaba observando. Corrí por la cancha mientras el polvo me raspaba las pantorrillas, fallando tiro tras tiro, gritando cada vez que una racha de aire me venía de frente. Ya solo moverme era un suplicio. Y respirar a través de la mascarilla. Hacer avanzar el balón contra el viento requería de una fuerza enorme. El aro temblaba casi casi. «Bota-bota-bota», le repetía la pelota al suelo.

Jugábamos en una cancha secreta un kilómetro y medio al oeste del centro, sobre un hormigón que el entrenador había vertido personalmente en la pradera. Tierra abandonada, demasiado arenosa para sacarle provecho.

—Nadie va a pagar jamás un centavo para ver jugar a chicas —me dijo Dottie Iscoe una vez—. El baloncesto femenino es un espectáculo de circo.

Estaba claro que Dottie Iscoe no había oído hablar de Babe Didrikson ni de las Barnstorming Reds, ni de los torneos

de la Unión Atlética Amateur, con sus premios en dinero y becas universitarias. Todas nos aferrábamos a la promesa de ser promesas, de que nos descubriese un ojeador y nos mandase a jugar por una pasta gansa. Pero era el amor lo que nos impulsaba a salir a cada temporada. Un amor temerario que nos lanzaba contra el polvo, que arrojaba nuestros cuerpos al infierno que el entrenador seguía llamando Entrenamiento de Primavera.

—¿Quién necesita un equipo rival cuando podéis jugar contra este viento, chicas? —gritaba el entrenador desde la línea de banda.

Cuanto más tarde, mejor; por evitar el calor. Cuando era posible (no todas las chicas podían escaparse tan fácilmente de sus familias), nos reuníamos varias a entrenar a la luz de la luna. El entrenador era una voz desabrida en nuestras cabezas dirigiendo nuestros movimientos. En nuestros entrenamientos vespertinos, cuando la asistencia era obligatoria, todo el equipo se reunía y esperaba las instrucciones del entrenador. Él pitaba con su silbato y gritaba críticas sobre todo lo que hacía yo, su voz me rascaba y me hacía sangre secreta. Una maravilla de sensación. El entrenador no me quería. No le caíamos demasiado bien ninguna de nosotras. No se molestaba en decir nuestros nombres durante los entrenamientos ni en los partidos. Nos llamaba por los números cosidos en las camisetas. Éramos como un problema matemático que descifraba continuamente. Quería lo mismo que yo: ganar.

El entrenador se quedaba bajo el aro vociferando insultos, su coche verde hocicudo aparcado al borde de la cancha con los faros ardiendo. Apuntaba las luces para que pudiéramos ver la línea de medio campo. Practicábamos casi a ciegas, corriendo entre corolas giratorias de polvo. Los pantalones cortos de color rosa se inflaban por encima de nuestras rodillas, flotando entre los haces de luz mientras corríamos, algo que revisitaba en sueños por la noche, donde seguía entrenando, siempre entrenando. De un campo al otro. El entrenador pitando tres veces por cada canasta, iluminándonos con los faros. El

baloncesto me convirtió en algo mucho más grande que una chica. Todas las piernas en la cancha pertenecían a un solo animal imparable.

La tierra aquí es tan plana que es fácil desorientarse. Cuando el sol empieza a ponerse, incluso los veteranos de las Llanuras consultan sus brújulas. He oído que la sensación es como de estar perdido en el mar. Yo nunca he visto el océano, pero sé lo que es vivir sin puntos de referencia. Me giré para encontrar la carretera. Cuando miré al sudeste, vi una barra negra flotando en el aire. No era una visión tan poco habitual. El polvo te hacía ver cosas raras. Un pueblo podía perfilarse poco a poco en el horizonte y acto seguido desmoronarse de nuevo. Esto había pasado, contaba mi tío, incluso antes de la sequía. Me llevó a ver las Planicies del Espejismo, en las Sandhills, donde la luz y las dunas de hierba generaban toda clase de ilusiones en la mente de las personas. Una de ellas era que esa tierra arenosa podía cultivarse de manera rentable. Estos espejismos añejos decoran la sede del Consorcio de Agricultores. Hay toda una pared cubierta de carteles de los ferrocarriles que anunciaban Uz, Nebraska, a personas como mis abuelos como el Edén americano: ¡EL TRIGO SE AMONTONA COMO ORO EN EL SUR DE NEBRASKA! ¡LA LLUVIA SIGUE AL ARADO!

Con la mirada clavada en la pradera sedienta, me sentí sola e importante. El país me necesitaba. Necesitaba a mis compañeras de equipo, las guerreras del instituto que jugaban al baloncesto en la Región 7 de la Liga de Baloncesto Femenino de Secundaria de las Llanuras Occidentales. Lamentablemente, el nombre de nuestro equipo venía de nuestro patrocinador: Uz Pultry & Eggs.* Estábamos a tres partidos de convertirnos en las campeonas de la Región 7 por segundo año consecutivo. Los agricultores y ganaderos se encontraban sumidos en una temporada de pérdidas, pero Uz Pultry & Eggs no hacía más que ganar. Muy poca gente asistía a nuestros partidos en los primeros meses de 1935, pero los resultados

* Aves de corral y huevos Uz.

aparecían en los periódicos locales y yo sabía que importaban (desde luego, más de lo que sugería el gimnasio en su mayor parte vacío). Estaba convencida de que, cuando ganábamos, fortalecíamos a todo nuestro pueblo en plena desintegración.

Yo era la base titular de Pultry & Eggs esa temporada, gracias a mis habilidades naturales para sacar jugadas y también porque no tenía otra cosa que hacer que entrenar. Otras chicas tenían hogares a los que deseaban volver, cubos de agua por llenar y gallinas que alimentar, madres que las regañaban y las besaban, padres que les metían prisa a gritos, miles de hermanos pequeños a quienes sacar los gases, cambiar los pañales y mecer para que se durmieran. El amor las agotaba. Yo no tenía nada en lo que quemar mis reservas de rabia salvo el baloncesto. Necesitaba rivales para desfogarme. Los días de partido eran todo un desahogo, el único día de la semana en que sentía algo similar a la paz. El entrenador me decía qué hacer y el marcador me decía qué sentir. Mis pies se despegaban del suelo, el balón se despegaba de mis dedos, y en ese instante ya sabía si lograba encestar. «Dentro y limpia». Me pasé todos los meses de verano seguidos jugando bajo la luna mientras las demás chicas de mi edad ayudaban con la cosecha. Mi tío Harp no esperaba que yo ayudara. Ya prácticamente no me pedía nada (aunque a menudo dejaba la puerta de su dormitorio abierta para que lo oyera rezando en voz alta por mi salvación). No había nadie que me impidiese hacer lo que me diera la gana. Mi madre asesinada se estaba muriendo una segunda vez, deshilachándose y desvaneciéndose dentro de mí, la tierra nos atacaba desde el cielo, y mi único consuelo era creer que todo clima es temporal. El clima podía cambiar de un momento para otro.

La nube negra, me fijé, había comenzado a moverse hacia el interior. Corriendo hacia mí, hacia nosotras. El polvo empezó a levantarse y a formar cortinas. El viento ululaba a través de la pradera sin nada que interfiriera con su largo grito chiflado. Incluso ahí supe que tenía que seguir botando. La pelota era lo único que me mantenía clavada a la Tierra. ¡Pom! ¡Pom!

¡Pom! Mantuve la vista en las manos y recorrí la cancha de aquí para allá mientras el viento intentaba robarme el balón.

Una camioneta Dodge avanzaba despacio y trastabillante por la carretera. Pasaron otros cinco minutos hasta que apareció la cara asustada de mi tío, un guijarro gris tras el parabrisas.

—Iba a volver caminando —dije.

—¿Estás loca? Está a punto de estallar una tormenta. Sube.

HARP OLETSKY, AGRICULTOR DE SECANO



El Domingo Negro comenzó como un tajo en el cielo occidental que fue ensanchándose y ensanchándose y chorreando tierra en lugar de sangre. A veces me imagino a esos periodistas en los diarios de Nueva York tecleando ufanos la historia de nuestro peor día con su elegante lenguaje. Ajustando los márgenes y apretujando nuestra tragedia en una estrecha columna, lo mismo que el viejo Marvin en la funeraria cuando embute un cadáver alto en un traje ajustado.

¡VÍCTIMAS DEL POLVO EN NEBRASKA REZAN PARA QUE LLUEVA!
¡EL MESÍAS, COREADO EN LAS SANDHILLS!

¡Pobres agricultores ignorantes! ¿Eso es lo que piensan los reporteros?

Pobres ilusos, apostándolo todo al trigo.

Imaginaos a todos los fantasmas levantándose para lanzar la tierra de sus cementerios a los vivos. Ese fue el ruido que oímos el pasado domingo por la tarde. A las tres, el sol fue asesinado a sangre fría, a la vista de mujeres y niños. El sol se hundió en una nube negra. Sepultado vivo, a una altitud impresionante, por la tormenta de polvo que acabaría con todas las tormentas de polvo.

Pero a las dos y cuarto, el cielo estaba azul y me sentía casi alegre. Volviendo de misa, me crucé con Ed Leedskalin y me paré a hablar con él. Ed estaba agachado a un lado del camino recogiendo cardos. Arrancaba la planta mientras aún estaba verde y joven, antes de que le salieran las espinas. Muchos ganaderos de Uz mantenían vivo a su famélico ganado con plantas rodadoras, pero Ed me contó que se los iba a poner a sus cuatro hijos hambrientos, hervidos con manteca de cerdo y sal. Me partió el corazón imaginarme un almuerzo de cardos. Sonaba como una escena sacada directamente de la película esa del fin del mundo.

Un par de meses antes había venido un yanqui larguirucho al Consorcio para sermonearnos sobre nuestra parte de culpa en la catástrofe. Un New Dealer enviado para reformarnos por una de esas agencias de Roosevelt tan aficionadas a las siglas. Un universitario, supusimos, porque tenía uno de esos acentos afectados de ningún sitio. Había venido a Uz directamente desde alguna cumbre finolis sobre el suelo. Habían asistido científicos de todo el mundo, nos dijo. ¡Palestina, Ceilán! Lugares donde los colonos habían labrado la tierra. Lugares con sus respectivos cuencos de polvo.

—¡Estados Unidos no es el único país que se enfrenta a la erosión del suelo! —gritó desde el estrado.

Tenía la piel quemada de mala manera por el sol y el pelo rubio canario. Me pregunté cómo había conseguido un empleo gubernamental con veinte años si se había criado en una familia de agricultores.

El chico nos regañó por arrancar todas las hierbas nativas, dejando así el suelo expuesto a los elementos. Quería que plantáramos cultivos de cobertura, perennes. Que dejáramos

más raíces vivas en la tierra. Proyectó un montaje temprano de una película: *El arado que rompió las llanuras.* El cineasta había convertido a los agricultores en los villanos de la historia, o eso me pareció a mí por lo menos. ¿Lo éramos?

—¿Qué chorrada es esta? —gritó mi amigo Otto.

Otros usaron términos más zafios. Cuando salieron los créditos, el joven había bajado unas octavas su tono, como si tratase de imitar la voz en *off* de tenor de la película:

—Tienen ustedes que cambiar la forma de cultivar esta tierra. En la capa superior del suelo hay guardados miles de años de fertilidad. Están perdiendo toneladas a cada minuto.

—¿Cómo recuperamos el suelo? —pregunté.

—No pueden, caballero —dijo aquel experto con carita de bebé—. Se necesitan quinientos años para crear dos centímetros de mantillo. Tienen que proteger lo que queda.

Entonces se le escapó un hipido en el estrado y ya no fue capaz de recuperar la compostura. La presentación del chico nos había sacado de quicio, pero eso no era una novedad precisamente. Cuanto más suelo roturábamos, menos agua teníamos. La esponja de la naturaleza se había acabado. Habíamos arado el suelo hasta reducirlo a polvo. Habíamos arrancado todos los anclajes. Ahora se volaba todo.

Espigas, hojas, cañas. Casas, árboles, corazones.

El abril más seco en la historia del Servicio Meteorológico. El más ventoso en la memoria viva.

El 14 de abril amaneció sin presagios y luego, a las tres de la tarde, ni media hora después de despedirme de Ed y volver a la carretera, la medianoche pasó por encima del sol. Estaba más oscuro y hacía más ruido que en cualquier noche sin luna que haya existido. El suelo se sublevó contra el agricultor. Nadie que no lo haya vivido puede entenderlo. De pura casualidad, pude llegar hasta Dell antes de que la pared de polvo nos cubriera.

—Suena como mil tornados —dijo mi sobrina.

¿Me satisfizo un poco percibir el miedo que traslucía su voz? Sí, y tanto. Había arriesgado mi vida para salvar la suya.

La hija de Lada llegó a Uz con un rictus de suficiencia en la cara. No una sonrisa. Más bien como un nudo de lazo. Confieso que disfruté viendo cómo se deshacía. Eso me demostró que mi sobrina seguía siendo una niña, después de todo. Dell jamás me secundaba en mis oraciones, de modo que sentí una oleada de gratitud por mi terca sobrina cuando secundó mi terror. Solo había hecho falta el armagedón para que aflojara un poco el rictus. Cruzamos al carril contrario mientras maniobraba para evitar la pared de polvo.

La niña comenzó a respirar conmigo de repente, en lugar de sola en su propia oscuridad. Notábamos cómo se expandía aquello. Sobrecogidos, por decirlo de alguna manera. Un molino de viento en la propiedad de Sender se incendió mientras pasábamos a toda velocidad, rotando llamas escarlatas bajo las nubes furiosas. Llovió tierra sobre la luna delantera, la sangre rugió entre mis oídos hasta que ya no había en mi mente barrera entre los ruidos del interior y los del exterior. El horizonte plano se elevó y se estiró en una gran boca engullidora. Voló hacia nosotros, redonda y abierta.

—¿No puedes ir más rápido? —me gritó Dell—. No quiero que mi obituario diga que acabé sepultada viva en el asiento del copiloto.

—¿Crees que tu muerte saldría en los periódicos?

Llevaba puestas mis gafas de conducir, y había tenido la previsión de empapar un trapo en agua del radiador. La niña se apretó el trapo contra la cara, por fin callada.

Fue un milagro que llegáramos a casa con solo unos pocos metros de visibilidad y la tierra aporreando la cabina de la camioneta. Una pantalla de oscuridad avanzaba hacia el nordeste, miles de pájaros volaban frente a ella. No era capaz de oír ni uno solo con el alarido viento. Pero esa es una visión que nunca olvidaré. Las olas de tierra rompiendo contra la pradera. El cielo exhalando todas sus aves.

EL ESPANTAPÁJAROS

Yo no fui aniquilado. Sea lo que sea que fuese «yo».

